

A warm, golden-toned photograph of a desk. In the foreground, a fountain pen with a gold and red finish lies diagonally. To its right, a pair of round glasses with gold frames is visible. In the lower right corner, a pocket watch with a gold case is open, showing its face. The background is a soft-focus view of a desk with a white sheet of paper and a pair of glasses. The overall atmosphere is nostalgic and literary.

*Gonzalo
Torrente Ballester*

FRAGMENTOS DE
MEMORIAS

Planeta *Bolsillo*
L I T E R A R I A

*Gonzalo
Torrente Ballester*

FRAGMENTOS DE
MEMORIAS

江苏工业学院图书馆
藏书章

Planeta *Bolsillo*
L I T E R A R I A

Gonzalo Torrente Ballester, ferrolano nacido en 1910, se licenció en Ciencias Históricas en la Universidad de Santiago, de cuya Facultad de Letras fue pronto profesor y, desde 1940, catedrático de Lengua y Literatura. Ejerce el periodismo en la modalidad de crítica teatral y escribe libros de estudios literarios. En 1957 se publica *El señor llega*, primer volumen de *Los gozos y las sombras*, trilogía novelesca que se continúa en *Donde da la vuelta el aire* (1960) y *La Pascua triste* (1962), y de la que se hizo la famosa serie televisiva. El primer volumen al que nos referimos obtiene en 1959 el Premio de novela de la Fundación Juan March. *Don Juan* (1963) y *Off side* (1968) son los títulos que siguen a los recién nombrados. En 1964 se traslada de Madrid a Pontevedra, y en 1966 a Estados Unidos, donde permanece durante siete años como profesor de Literatura española. Ejerce luego la enseñanza en un instituto salmantino. Entre sus restantes obras destacan: *La saga/fuga de J. B.*, *Fragmentos de Apocalipsis*, *La isla de los jacintos cortados*, *Las sombras recobradas*, *Yo no soy yo, evidentemente*, *Santiago de Rosalía Castro*, *Crónica del rey pasmado*, *Las Islas Extraordinarias* y *La muerte del Decano*. Es Premio Cervantes de Literatura 1985. Con su novela *Filomeno, a mi pesar* obtuvo el Premio Planeta 1988 y con *La novela de Pepe Ansúrez* el Premio Azorín 1994.



En la vida de todo escritor existen obras fallidas, personajes que jamás alcanzaron el ser poético, temas entrevistos y no estudiados, proyectos que se han dejado a un lado y a los que el escritor no ha vuelto. Torrente Ballester llama «sombras» a las figuras de ese mundo que se quedaron en embrión o que alcanzaron, todo lo más, un nombre; materiales de los que a veces se habla, en los que a veces se piensa, de los que a veces se hace tema de conversación. De este conjunto informe y rico entresaca Torrente Ballester unas pequeñas parcelas con las que llena los cauces de este libro, en el que explica cómo y por qué no escribió ciertas historias... que al mismo tiempo nos va contando.

529482-4



01

EDITORIAL PLANETA

*Gonzalo
Torrente Ballester*
FRAGMENTOS DE
MEMORIAS

Planeta Bolsillo / 482

*Gonzalo
Torrente I*

FRAGMENT
MEMORIAS

PLANETA

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

© Gonzalo Torrente Ballester, 1979

© Editorial Planeta, S. A., 1995

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

Diseño cubierta de Jordi Vallhonestà (foto Índex)

Primera edición en esta colección: enero de 1995

Depósito Legal: B. 42.679-1994

ISBN 84-08-01260-6

Papel: Offset Rotoform, de Clariana, S. A.

Impresión: Duplex, S. A.

Encuadernación: Encuadernaciones Maro, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

EL CUENTO DE SIRENA

Por diversas razones, quiero decir, a cada una por la suya, dedico este relato a Carmela López, en Madrid; a Drosula Lytra, en Nueva York; a Elena Panteleeva, en Leningrado; a Margarita Benítez, en San Juan de Puerto Rico; a Françoise Ver-vondel, en Bruselas; a Mercedes Menéndez, en Madrid, y a Isabel y Natividad Criado, aquí, en Salamanca. Las páginas son pocas, y no es cosa de repartirlas: por eso va la historia entera a cada destinataria, con mi afecto.

Esta historia de La Sirena no la escribí antes por no haber encontrado la manera natural de resolver una minucia técnica, aunque, la verdad sea dicha, no recuerdo haberme esforzado mucho en hallar la solución, y hasta es probable que esta dificultad aparente no haya pasado de tapadera de otras de entidad mayor, la de creer mínimamente en lo que se va a contar, condición necesaria (pienso o pensaba) para tratar un tema con responsabilidad. El cuento de La Sirena me fue llegando a retazos, como otros muchos; casi siempre por el mismo camino familiar, y el interés sentido por los que me lo contaban, y por aquellos otros más de cerca afectados por él, nunca pasó de lo meramente humano, y sólo cuando ya todo se había resuelto, y no digo olvidado, pero sí al menos modificadas mis relaciones sentimentales con la historia y con sus protagonistas, se me ocurrió pensar que bien pudiera servirme para materia de un relato; pero, entendámonos, de aquellos que se proponen desde un principio como increíbles, de aquellos en que al guiño del ojo del autor, responden los lectores advertidos con un guiño del ojo. En estas condiciones, cuando lo único que justifica a la narración es el modo de estar contada, ¿cómo iba a iniciar mi propuesta con palabras más o menos como éstas?: «Oiga, amigo: para que usted entienda lo que voy a contarle, tengo que referirme antes, y hacérselo saber, al bastardo del rey don Dionís de Portugal, el rey poeta; al conde de Barcellos, así llamado, que escribió una vez un nobiliario en el cual se incluye la historia escasamente verosímil del lejano progenitor de los Mariño. Y esta historia, amigo mío, es nada menos que la siguiente, créala usted o no la crea: alrededor del año mil, según la tradición o ciertos cálculos, un caballero de ese nombre de Mariño caminaba junto a la mar, cuando un inesperado resbalón u otra

causa cualquiera lo precipitó en las alborotadas ondas, de las que no hubiera podido librarse, armado como iba y torpe en la natación (no en la lid, por supuesto), si no estuviera casualmente al acecho por aquellos lugares la Sirena del Finisterre, la tan siniestramente reputada, que acudió rápida al socorro, y que habiendo visto de cerca la hermosa cara y el bien trabajado cuerpo del desmayado náufrago, concibió por él unos amores tan súbitos, que se lo llevó a su espelunca y se lo quedó como amante durante bastantes años; y allí se hubiera muerto el caballero de puro viejo, si no fuera porque los hijos habidos de la coyunda, que eran cuatro, aunque excelentes en artes natatorias y piscatorias, lo ignoraban todo de la caballería y de la espada, por lo que su padre pidió a Sirena que le dejase volver a tierra y llevárselos consigo para darles cumplida educación, a lo que ella le respondió que buenō, que sí, que los llevase y los hiciese caballeros, pero con el anuncio y compromiso de que, cada generación, ella se llevaría un descendiente para sus necesidades particulares, y este destino singular se reconocería en el color azul de los ojos o en las escamas de pez que el destinado había de tener en los muslos. Y sucedió desde entonces que todos los Mariño de la costa, azules de los ojos o escamados, desaparecieron en la mar.» Ésta es la historia que con más solemnidad y más por lo menudo tendría que contarles, traducida quizá del texto portugués, y con la requerida erudición como garantía de que yo no la había inventado (por lo demás, en estas costas, era mucha la gente que la conocía, y si ahora ya no se recuerda, al desinterés de los jóvenes por el pasado y por sus lejanos genitores obedece. Pero en bastantes casas y casonas de campo, de ciudad o de mariña, campea la silueta de Sirena en las piedras heráldicas). Habría, digo, pues, que incluir esa advertencia. Pero, ¿cómo? ¿Así, por las buenas, al principio, con semejantes palabras: «El que no lea esto, no entenderá lo demás.» ¿O hábilmente emulsionada en el relato, como clave explicativa de unos sucesos hasta entonces enigmáticos? No hubiera estado mal, no, hacer de la desaparición de Alfonso Mariño una novela policíaca, y del texto en lusitano de Barcellos la aclaración del misterio; pero aconteció, entre otras cosas, que Alfonso Mariño desapareció a la vista de alguna gente, y que no iba solo. Tenía, al fin, a mi disposición, ¿quién lo duda?, muchos otros procedimientos tradicionales, pero ninguno me satisfizo (lo mismo me sucedió, como se ha visto o se verá, en la historia que título *El hostel de los dioses amables*), y yo me consideraba, con probable justicia incapaz

de cualquier invención original. Y así se fue quedando, la historia de los Mariño de Vilaxuán, sin escribirla, aunque la haya contado muchas veces, y siempre con distintas palabras, las que me venían a las mientes. ¿Que cómo lo hice? De varias maneras. El guiño de ojo y la cita erudita, cuando se está frente a frente, resultan más aceptables, o quizá por cortesía nadie les hace objeciones, y salvados los primeros escollos, el indudable encanto de la historia hace olvidar esa muleta en que se apoya mi cuento.

Esos Mariño, de Vilaxuán, eran algo parientes de mi mujer, pero por líneas femeninas, de modo que a Josefina, que entonces era mi novia, no le tocaba nada de sangre de la Sirena. Insisto: cosa de suegras por un lado y por otro. Pero se llevaban bien y mantenían amistad, a pesar de la distancia: se invitaban a las bodas, a los bautizos y a las fiestas de los patronos respectivos, y nunca se olvidaban de decir, cuando venía a propósito: «¡Ah, sí, Vilaxuán! ¡Allí tengo yo parientes!» De modo que cuando Josefina y yo nos íbamos a casar, se creyó conveniente que fuéramos a verlos, a los Mariño, un día, para que me conocieran y nos felicitasen, y de esta visita se trató por misivas y recados. De la boda ya estaban al corriente, y de mí les habían llegado, según supe después, los peores informes: que si carecía de oficio, y que si eso de escritor era un hato de ilusiones, y que a ver dónde estaban los libros que lo demostraban: opiniones salidas de Vilaxuán por escrito y que secretamente Josefina creía desbaratar con mi presencia, pues suponía que iba a caerles simpático a sus parientes. Yo me temo que no haya sido así, salvo a la vieja doña Rolendis —tía Rula—, que me pareció burlona, campechana y con cierto sentido del humor; pero de ningún modo a su nuera, la tía Eugenia, que llevaba la voz cantante de la casa y que apenas me dio la mano ni me miró de frente, aunque con mi novia extremase las carantoñas y besuqueos. La tía Eugenia de marras, viuda desde hacía pocos años, llevaba como un hombre la casa y el negocio de los barcos, y encaminaba a cada uno de sus hijos. Yo conocí a tres en aquella ocasión: Payo, que era un muchacho y estudiaba para piloto, y las dos niñas gemelas, que no sé por qué gracia se llamaban como las hijas del Cid: aunque sí lo sé, o lo supongo: la tía Eugenia venía de las tierras del Arlanza y había traído su particular mitología y su escala de valores, que intentaba imponer a todo el mundo, con gran regocijo de su suegra, que no parecía tomarla en serio y que también tenía manera propia de pensar. La tía Eugenia echaba la siesta, y gracias a esta costumbre se me hicieron

las horas que pasé en aquella casa un poco menos aburridas y humillantes, porque, al quedarnos solos, la tía Rula se despachó a su gusto, y nos hizo réir con historias locales y aun familiares, y en un momento dado le dijo a Josefina: «¿Por qué no llevas a tu novio a que vea la cruz? Ya sabes dónde está la llave.» No sé si lo hizo para que, al hallarnos en la soledad de aquel jardín secreto, separado del otro, del oficial y visible que yo ya había visto por una tapia de hiedra y una puerta herrumbrosa, pudiéramos besarnos; pero mi novia, que era bastante inocente, o al menos tanto como yo, cumplió la orden y me enseñó una cruz de piedra, escondida de todos, en el fuste de cuya columna se iban leyendo nombres y nombres de llamados Mariño, en gallego los más antiguos, en castellano los últimos dos o tres, con esta leyenda debajo: «Morto no mare», «Muerto en la mar». «Éste es el marido de tía Rula», me dijo por uno de los últimos, «y este otro, su hijo, el marido de tía Eugenia». «¿También murió ahogado?» «Sí; tenía los ojos azules.» Y como yo le preguntase que qué tenía que ver una cosa con la otra, Josefina me explicó, como lo más natural del mundo, como lo más sabido, la historia de la Sirena y los trámites del color y las escamas. «Bueno; pero ¿vosotros creéis en esas paparruchas?», le pregunté. «Yo ni creo ni dejo de creer. Los demás de la familia, todos.» La tía Rula, más que nadie, aunque no dejase de hacer de sus propias creencias materia de sus burlas. «¿Le explicaste a tu novio lo de los muertos?» «Sí, claro.» «¿Y qué te dijo?», le preguntó, aunque mirándome. «Se quedó callado, pensando.» «Y ahora sigue lo mismo.» Insistía en mirarme, y ya se dirigió a mí francamente: «No serás como mi nuera, ¿verdad? Mi nuera no cree en antiguallas, pero su hijo Alfonso tiene los ojos azules y se lo ha llevado lejos de la mar y no hemos vuelto a verle en Vila-xuán. Allá lo tiene, en Castilla, como preso, y cuando queremos verlo, pues hay que ir a Castilla en peregrinación, para que el muchacho no se acerque y no corra el peligro de que se lo lleve la Sirena. ¡Como si con la Sirena valiesen subterfugios!» Se calló un momento y bajó la voz: «Mirar, mi marido dejó los barcos joven y buscó un trabajo en tierra porque yo no quería que corriese aquel peligro, y él lo hizo por complacerme. Pero le llegó el tiempo en que debían robármelo, y muchas madrugadas yo oía, desvelada, la voz de la Sirena que lo llamaba. ¡Muchas noches, muchas! No le decía nada a mi marido, me tragaba aquel espanto solitario, pero el cantar de la Sirena, ahí mismo, al pie de nuestro muelle, me despertaba, y no sólo a mí: mucha gente del pueblo la escuchaba también.

y se decía que venía a reclamar lo que era suyo. Una vez, mi marido tuvo que embarcarse nada más que para ir a Santa Uxía, como quien dice ahí enfrente, y la barca naufragó y no volví a verle, pero tampoco a oír la voz de la Sirena. De modo que lo que os dije: no valen trampas. A Alfonso, tarde o temprano, se lo llevará también. En cambio, a Payo, ahí lo tenéis, con sus ojos castaños. Ése acabará la carrera de marino y se hará cargo de los barcos, que buena falta nos hace, y le dejaré hacerse a la mar aunque sea con galerna sin que me tiemble el corazón.»

La tía Rula era ya bastante vieja, aunque caminase gallarda y hablase sin tartajeos; pero por alguna cosa de las venas azuladas de sus manos me pareció arterioesclerótica, y por aquello en que creía, un poco mal de la chaveta. Tardó algún tiempo en morir, cinco o seis años: un día me lo dijo Josefina, como sin darle importancia: «¿Te acuerdas de tía Rula, la de Vilaxuán? Pues se murió», y me mostró una estampita tuneraria que le habían mandado. No recuerdo si entonces volvimos a hablar de los Mariño y de Sirena, no lo recuerdo: es muy probable que no. Era un momento en que yo había racionalizado convenientemente el fondo de leyendas y consejos incorporado a mis recuerdos en los años de niñez, y en cuanto a aquélla, tenía leído ya el Nobiliario del conde de Barcellos, con sus notas y sus explicaciones suficientes. Y aunque no anduviese muy holgado de materiales literarios, jamás se me hubiera ocurrido tomar aquella historia para sacar de ella un relato, entre otras razones porque doña Emilia Pardo Bazán lo había hecho ya unos cuantos años antes. ¡Aún la estoy viendo, en las páginas del *Blanco y Negro*, allá por el principio de los años veinte, la ilustración en que aparece la Sirena en su trono y delante de ella un caballero bípedo! No lo volví a leer, ese cuento, desde entonces, ni recuerdo su título, ni si trata en puridad de lo de los Mariño o de otro semejante; pero inevitablemente la comunidad de imágenes actuó de alguna manera restrictiva. Por otra parte, el vaivén de mi marea personal me alejó de los lugares y personas en que podía el asunto ser tema de conversación, hasta un punto tal que cuando escribí mi primera novela, cuyo protagonista se llama con aquel apellido, lo atribuí a otra familia de Mariños sin la menor prosapia mítica, de la que en todo el libro no consta la más leve referencia. Tampoco creo que, de haberlo hecho de otro modo, me lo hubieran agradecido. Y me había olvidado, por supuesto, de la falta de fe de aquella dama tan estirada, la tía Eugenia, en mis dotes de escritor, y de su con-

vicción, no expresa, pero al menos insinuada, de que yo fuese un zascandil. Josefina, menos olvidadiza que yo, a la mención de la tía Eugenia solía torcer el morro. Lo menos que le llamaba era antipática.

Después de esto pasó el tiempo. ¡Una guerra, Dios mío, y otra guerra, cuántas cosas, y toda su secuela! Un día apareció a visitarnos Payo, de uniforme, que andaba en los bous armados, y nos contó cómo le iba a la familia, que sus hermanas estaban muy crecidas y que él, naturalmente, había terminado ya lo de piloto, y que cuando terminase aquello, navegaría en los barcos de casa, que iban de pesca al Gran Sol. Le pregunté distraídamente por Alfonso: me respondió que su madre, para que no fuese al frente, le había buscado un empleo en el Estado Mayor, de traductor, o de algo así, porque se le daban bien los idiomas y sabía dos o tres. Cuando se hubo marchado, lo comenté con Josefina. ¿No le vendrían tentaciones, a Alfonso, de irse un sábado a San Sebastián, como hacía mucha gente? Era de esperar que Sirena no se hubiese trasladado a la Concha. Pero Josefina me dijo que no me riese y que muriese el cuento. Allí mismo murió.

No volví a saber de ellos, de los Mariño, durante tiempo, y me creo autorizado a conjeturar que Payo no pescó en el Gran Sol hasta pasar aquellos años en que andaban por la mar los submarinos y podían averiar las redes con sus ímpetus ciegos. Pero también aquella guerra terminó sin que hubiéramos salido por el aire disparados, y más o menos después fueron las cosas acomodándose, o acaso se desacomodaron de otra manera, pues mucha gente anduvo de un lado a otro, yo entre ellos, a ver si se encontraba un rincón o una esquina en qué mantenerse erguido. Sería por el fin de los cuarenta, o acaso por el principio de los cincuenta: yo me hallaba en Madrid sin mi familia. Una vez me escribió Josefina que Payo se había casado con una chica irlandesa, que habían estado a verla y que pronto pasarían por Madrid: que los tratase bien. Y así fue como llegaron, Payo y Aileen, en un tren de la mañana, un poco fatigados, pero contentos, con la ilusión entera de los recién casados. Venían no tanto en viaje de novios como para que ella conociese un poco del país. Los acompañé al hotel, los dejé acomodados y quedamos para almorzar juntos, y para cenar también, pues como yo convidase al almuerzo, se empeñaron ellos en hacerlo a la cena. Observé que a Payo le gustaba mi compañía y hasta que estaba un poco envanecido de ella, y por las palabras de Aileen, comprendí que le había hablado de mí y de cómo marchaba en mi profesión.